

FIESTA DE SAN JOSÉ

Institución de lectores y acólitos

Iglesia parroquial de San Ignacio (Ponferrada)

2016

Celebramos con gozo la eucaristía en la fiesta de San José, esposo de la Virgen María y patrono universal de la Iglesia. Bajo su protección y amparo nos ponemos para que Dios Nuestro Señor nos conceda ser siempre fieles hijos de su familia que es la Iglesia. En este día celebramos también el día del Seminario. Una jornada especial para acompañar con nuestra oración y con nuestro afecto a los seminaristas que disciernen en el Seminario, con la ayuda de la gracia de Dios y de sus formadores y profesores, la vocación al ministerio sacerdotal. Agradezco a todos los que habéis participado en estas veinticuatro horas ininterrumpidas de oración ante el Señor para pedirle que según su palabra envíe obreros a su mies. Como colofón de esta gran oración de alabanza e intercesión instituiremos un lector y dos acólitos: Antonio, Juan José y Daniel. Estos jóvenes hermanos, a quienes agradecemos la valentía que han tenido de responder afirmativamente a la llamada de Dios, se han preparado intensamente para dar este paso que los acerca más a la recepción del orden del diaconado y posteriormente del presbiterado.

San José no aparece en los evangelios con un protagonismo especial. Su presencia es muy discreta y siempre vinculado a la Virgen María y al Niño Jesús. Es San José modelo de persona que trabaja responsablemente y lleva adelante su oficio de carpintero, padre y esposo en el más estricto silencio. Con su silencio, San José nos habla de la importancia que tiene en la vida permanecer callados para escuchar a Dios y para trabajar responsablemente sin prestar atención a otras cosas más que aquellas que traemos entre manos para hacerlas bien.

Junto al silencio, San José es el hombre bueno y fiel, reflejo de la experiencia de la misericordia divina que invade y sostiene su vida. Esta experiencia del amor infinito de Dios fue el que sostuvo su fidelidad en la adversidad y en la duda. Así cuando no entendía el

porqué del embarazo de María con quien estaba prometido, o cuando el emperador sacó el Edicto para empadronarse en Belén, o cuando Herodes perseguía al Niño para matarlo y tiene que huir a Egipto, San José en silencio y con mucho amor a Dios, a la Virgen María y al Niño decide cumplir fielmente la voluntad divina comunicada por medio de ángeles.

Estamos en la sociedad de la palabra y de la imagen que todo lo inundan sin dejarnos tiempo para el silencio interior. Nos entrenamos en hablar con palabras o con tweets o whatsApp día y noche. ¡Nos resulta tan insoportable permanecer en silencio!. ¡Nos produce vértigo estar en silencio interior durante algún tiempo! Todo porque no somos capaces ya de vivir sin ruido, acústico o visual, nos parece que no podemos vivir sin algo o alguien que nos entretenga y nos saque del aburrimiento. Me comentaba un padre jesuita, acostumbrado a dirigir Ejercicios de San Ignacio, que hoy era prácticamente imposible pedir a los ejercitantes que permanecieran en silencio interior sin echar mano del móvil o de la tablet para escuchar música o noticias o para wasapear con los demás.

Sin embargo, nos damos cuenta que el silencio es necesario para crecer como persona, para trabajar y rendir en el trabajo, para mantener una sana relación familiar o de amistad. El silencio interior es tan necesario para humanizar nuestra vida como la raíz al árbol. El silencio es necesario para escuchar la voz de Dios porque el Señor nos habla con su silencio. Decía Benedicto XVI que “El silencio es la condición ambiental que mejor favorece el recogimiento, la escucha de Dios y la meditación... Dios habla en el silencio, pero es necesario saberlo escuchar.”

Uno de los retos de la Pastoral Vocacional es precisamente crear ambientes de silencio interior que sean aceptados por los jóvenes para que puedan escuchar con nitidez la voz de Dios que habla al corazón, para que puedan responderle en libertad fieles a esa respuesta. Seamos imaginativos y creativos. Busquemos nuevas formas de estar en silencio y de gustar el silencio porque sólo el hecho mismo de gustar el silencio, de dejarse «llenar» del silencio, nos predispondrá a la oración, al diálogo con Dios y con los hermanos.

Querido Antonio: *O Señor chamou-te para ser o seu servidor bo e fiel na amada terra do Ourense. Alí recibiu a fede e la chamada a seguir o Señor. Saúdo con afecto á túa familia e a todos os que viñeron a acompañar-te neste día.* Hoy vas a recibir el ministerio de lector para proclamar la Palabra de Dios en la asamblea litúrgica e instruir a los demás hermanos para recibir dignamente los sacramentos y ayudarles a comprender la Sagrada Escritura de modo que les sirva de provecho. Ten en cuenta que esta responsabilidad que hoy asumes en la Iglesia te exige a ti meditar en silencio la Palabra que vas a proclamar y enseñar de modo que tus palabras no suenen a hueco o a rutina, sino que inviten a los hermanos a escuchar los silbos del Buen Pastor y se decidan a seguirle con prontitud.

Queridos Juan José y Daniel: *Tamen vostedes describristes a vocación nas terras galegas, no Santuario d'As Ermitas* aunque procedéis de Burgos y de Lugo respectivamente. Al recibir el ministerio de acólito sabéis que os vinculáis estrechamente al ministerio del diácono y del sacerdote como servidores del Altar. Esto significa que trataréis de cerca al Señor resucitado y glorioso, presente bajo las especies del pan y del vino eucarístico. Para realizar vuestro ministerio con la dignidad que requiere debéis captar el sentido íntimo y espiritual de vuestro servicio de forma que os ofrezcáis diariamente al Señor para sentirnos muy cerca del Misterio del Cuerpo de Cristo y de su Pueblo, especialmente de los pobres y de los enfermos.

Lector y acólito, dos ministerios necesarios en la Iglesia que se os confieren en virtud del sacerdocio común de los fieles que todos hemos recibido del mismo Cristo el día de nuestro bautismo. Ejercedlos con dedicación y con unción de modo que ayudéis al Pueblo de Dios que se reúne en Asamblea litúrgica a participar de una manera plena, consciente y activa en la celebración de modo que los fieles obtengan abundantes frutos espirituales.

Recibís los ministerios de lector y acólito con los ojos puestos en una meta más alta: recibir un día, por la imposición de las manos del obispo, el sacramento del orden. Mirad con valentía hacia el horizonte y seguid progresando en el discernimiento vocacional ayudados por la meditación de la Palabra de Dios y por la participación en el Sacramento del Altar. Confíad en Dios que es misericordioso y bueno has tal punto que se acuerda de que somos barro y no deja de restaurar

en nosotros, con la gracia del sacramento de la penitencia, lo que el pecado rompe y resquebraja.

A la Virgen María y a San José, que cuidaron al Salvador para que creciera en estatura, en gracia y en santidad, les pedimos que intercedan por vosotros y por todos los seminaristas, especialmente por los que pasan por un momento de duda o de oscuridad, para que busquen en el silencio interior la mejor manera de ser fieles a lo que Dios les pide para sus vidas.